

Hugo Boris

POLICÍA

Traducido del francés por Regina López Muñoz

Título original: *Police*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Éditions Grasset & Fasquelle, 2016
© de la traducción: Regina López Muñoz, 2020
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-815-1
Depósito legal: M. 38.665-2019
Printed in Spain

Para Gabriel

La sangre del uniforme no es suya. Ha intervenido en una pelea horas antes, será ahí cuando se ha ensuciado. Está sola en el vestuario, de pie al lado del lavabo, piernas desnudas sobre las baldosas, revolviendo entre la pila de pantalones de la taquilla. Primero se pone uno que le cubre hasta la mitad del vientre. Sabe que el peso del cinturón, el arma, el cargador, las esposas y la porra lo bajará hasta las caderas. La entrepierna le llegará a mitad del muslo, tan abajo que parecerá que lleva uno de esos pantalones cagados, de modo que lo deja caer a sus pies, echa mano de otro del montón. El tiro del segundo es más alto, pero las perneras son demasiado largas, le hacen bolsas en las rodillas. Coge un tercero que le aprieta la cintura. Sentada le costará respirar, así que se prueba un modelo de hombre, de invierno, aunque ella sea una mujer en verano, y experimenta entonces un sentimiento cercano al miedo, una aceleración en la sangre, un temblor que parece augurar la presencia de un peligro a pesar de que está sola delante de una hilera de armarios metálicos. Podría probarse en vano todos los pantalones de la policía nacional; encargar todas las tallas, todos los tejidos, todos los patrones, franceses o italianos; invertir en ello sus ochocientos puntos anuales, que nunca le sentará bien ninguno.

El chaleco antibalas se mantiene de pie en el suelo, crea la ilusión de que Virginie se ha arrancado la caja torácica y la ha dejado ahí un momentito. Se ha encorvado bajo su peso a lo largo de la jornada. Alza la cabeza, su cara es la misma en el espejo del lavabo. No traiciona su pensamiento, el de que es una mujer que mañana abortará. La persistencia de sus facciones no deja de asombrarla. No consigue conciliar lo que está viviendo desde hace varias semanas con la imagen inalterada que le devuelve el azogue, esa boca, esa nariz, esos ojos conocidos. En lugar de una figura abatida, de tejidos arrugados, siguen ahí esa carita aguda y esos ojos grises, ese ligero estrabismo acentuado por el cansancio, que le vale no ser guapa sino interesante, ese aire indócil que al fin y al cabo es lo que constituye su encanto.

Una compañera entreabre la puerta, asoma la cabeza.

—Virginie, a estos les parece bien.

Su equipo ha aceptado para esa noche una misión fuera de la circunscripción que se prolongará más allá del final de su turno. Ella ha sido la primera en dar el sí, sin saber de qué se trata. Fichó a primera hora de la tarde. Virginie doblaría sin descansar si se lo permitieran.

—Tenéis que ir al centro de internamiento de extranjeros de Vincennes, el de la avenida de Joinville. Asistencia en una misión de escolta.

—Pero aquello está que arde, ¿no?

La muchacha se encoge de hombros, como diciendo: «¿Y yo qué sé?».

La puerta vuelve a cerrarse. Virginie se reencuentra con su rostro en el espejo. Desde que entró en el cuerpo, ha visto a un padre olvidar a un hijo en el interior de una nevera, donde lo encerró para castigarlo; a un detenido en los sótanos del palacio de justicia escupirle a la cara para intentar contagiarle la hepatitis; a prostitutas versallesas con diade-

mas de terciopelo; a una ancianita de ochenta años con la cara partida por veinte euros; a ahorcados vaciándose nada más tocarlos; a parados de larga duración perdiendo un dinero que no tenían en cupones de rasca y gana; un gato que se comió las partes blandas de la cara de su amo, fallecido una semana antes; las calles de París desfilan a más de ciento diez kilómetros por hora; las manchas de la sangre de un colega en el ordenador después de que se pegara un tiro en un ojo; a un niño sobrevivir a una caída desde un cuarto piso. Ha visto flotar todo eso entre las mil tareas ingratas que conforman su día a día, ha ido a perder su paz espiritual en los lugares equivocados, obligada a vivir por encima del extrañamiento, a conocer todo lo peor de la existencia, a cambio de un sueldo apenas decente, y todavía se pregunta cómo es posible que no tenga los ojos sucios, asombrada de que no hayan almacenado, en su profundidad, el pálido reflejo de la miseria.

Envía un mensaje a Thomas, le avisa de que volverá tarde, recuerda que hay que darle a Maxence las gotas de vitamina D y embadurnarle el culete con crema de pañal.

Se había prometido que su vida no cambiaría radicalmente, que reservaría tiempo para ella, que no se dejaría desbordar. Su madre, sus tías, sus amigas, tal vez, porque les había faltado vigilancia. Pero ella tampoco ha podido evitarlo, su vida se ha dado la vuelta como un calcetín. La impostura universal la atrapó como a las demás, el agotamiento, las lágrimas a cualquier hora del día y de la noche, la desaparición del deseo y el corrillo de herpes labiales. Thomas ya no la toca. Todavía se besan un poco, pero sin recrearse, de pasada. Se acarician la mejilla, el pelo, la nuca, pero hacer el amor, no. Se han desacostumbrado del otro, como si ya no supieran llevar a cabo los gestos. Virginie ha probado con besos menos equívocos, llamadas, roces de brazo y de torso. No obtuvie-

ron respuesta, la dejaron tan avergonzada como si hubiera extendido la mano para pedir limosna.

Se rehace rápidamente el moño, lo atraviesa con cinco o seis horquillas, desvía la atención hacia los gestos cotidianos del trabajo, se calza las botas militares, desliza el cinto bajo las trabillas. Toca el arma en la que ha introducido un cartucho al empezar el turno. Se pone el chaleco antibalas por el cuello, fija los cierres de velcro a un lado y otro de la pechera. En ella ha escrito su grupo sanguíneo con rotulador negro, a mano alzada. Se enfunda la cazadora, con la palabra «POLICÍA» en mayúsculas grandes. El uniforme la yergue mecánicamente, como un tutor, le proporciona una seguridad que no emana de ella, asfixiando por un instante sus ecos emocionales. Echa los hombros hacia atrás, saca pecho. En el espejo, una línea blanca separa los dos hemisferios de su cabello congelado por las horquillas. Lleva el pelo tan tirante que le tensa las facciones. Por un segundo se pregunta si tendrá valor para enfrentarse a Aristide. Posa la mano en el pomo de la puerta sin lograr decidirse, inspira profundamente. Ha oído su voz por el pasillo hace un momento. No, verse esa noche sería agotador, inútil. La mera perspectiva de tener que intercambiar tres palabras con él delante de los compañeros se le antoja muy por encima de sus fuerzas. Lo único que tiene que hacer es acercarse a Hervé para pedirle las llaves. Irá a refugiarse al coche patrulla hasta que salgan para el centro de internamiento.

Avanza por los pasillos vigilando discretamente los ángulos muertos, echa un vistazo tras de sí para protegerse del efecto túnel. Aminora el paso cada vez que se aproxima a una puerta abierta, se aleja del marco para ver antes de ser vista. Se mueve en terreno hostil en su propia comisaría, baja un piso pegada a las paredes del hueco de la escalera. En la sala de descanso, los hombres y mujeres del turno de noche se in-

clinan sobre la comida calentada en microondas, los colombos de pollo y los filetes de merluza. Reconoce enseguida la espalda ancha de Aristide, ligeramente trapezoidal, las vértebras duras de su nuca fresca, sus orejas de soplillo deformadas por las peleas, el uniforme que a duras penas oculta la musculatura, el culillo de macho alfa. Está ahí, de pie, charlando con Hervé. Tiene los brazos cruzados, las dos manos cerradas en los bíceps, guapo como un poli de la brigada anticriminal, las piernas separadas, el centro de gravedad bajo. Virginie tiene que precipitarse como el relámpago, no darle ningún margen. Se abalanza sobre Hervé, alarga la mano para quitarle las llaves.

—Te espero en el coche.

No permite que Aristide le lance una mirada ni le dirija la palabra, se esfuerza por huir reduciendo voluntariamente el paso para que no lo parezca, empuja las puertas, atraviesa el vestíbulo de recepción, rodea la hilera de sillas de plástico moldeado, reconoce a una abogada que espera, pasa por delante del adjunto de seguridad, el mostrador sobre el que una mujer ha apoyado una bolsa de plástico para su marido en detención preventiva:

—No ha comido nada desde ayer...

—Pues que acepte lo que le damos, señora.

—Pero he llamado y me han dicho que podía venir...

Virginie enfila la puerta de la comisaría, escapa bajo la luz de la tarde, inspira a pleno pulmón el aire nuevo.

Atraviesa la avenida Daumesnil para llegar hasta los coches serigrafiados, aparcados delante de los arcos del viaducto. Va casi al trote. Tiene la sensación de que no estará a salvo hasta que no se cobije en el vehículo. Frunce los ojos ante la estela cegadora del sol.

Abre el coche, se deja caer detrás del asiento del conductor, cierra la portezuela, suspira como si hubiera llegado por

fin al término de un largo viaje. Ha trabajado todo el día con Érik, su comandante, y con Hervé, su colega conductor. Ambos se le unirán para evacuar tan peligrosos parajes.

En la parte superior del edificio de la comisaría, las reproducciones del esclavo moribundo de Miguel Ángel desfallecen de calor. Las estatuas gigantes ciñen el tejado cubriendo dos pisos, espaldas anchas y poderosas, apenas más musculadas que la de Aristide. Los torsos de los mártires están incendiados de luz. Es hermoso, alcanza a pensar Virginie, sorprendida por ser capaz de reconocerlo aún. Cierra los ojos para que descansen unos segundos. Se ha acordado de coger la receta del antibiótico. Pensaba pasarse por la farmacia de guardia al acabar el turno. Pedirá a Hervé que pare de camino.

Oye que la puerta delantera se desbloquea, abre los ojos.

—El asiento está todavía caliente, no me gusta —dice Aristide con tono burlón.

Se las ha arreglado para sustituir a Hervé esta vez, a modo de revancha.

—¿Todo bien o qué? —pregunta con un aire alegre en el que Virginie intuye una loca esperanza.